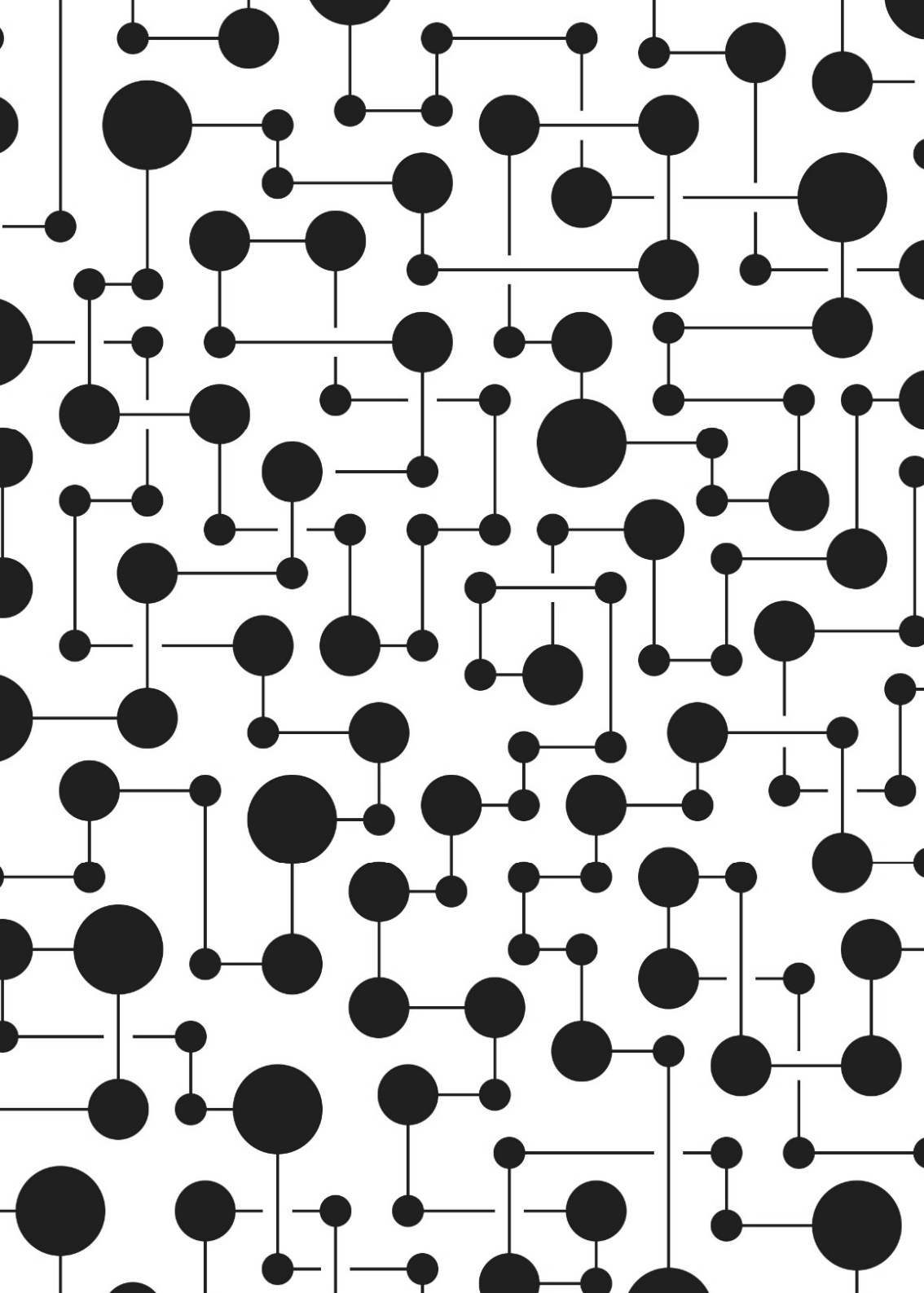




ÁNIMAS



PUNTOROJO
libros

Primera Edición: marzo 2016

ÁNIMAS

Editado y producido por:



Punto Rojo Libros, S.L.
info@puntorojolibros.com

Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España

Derechos reservados © 2016, respecto a la primera edición en español, por:

© José Ortuño

© Punto Rojo Libros, S.L.

Impreso en España Unión Europea

ISBN: 978-84-16722-50-1

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

“Lo esencial es invisible a los ojos”

El principito (Antoine de Saint-Exupéry)

Índice

I	11
II	21
III	29
IV	33
V	45
VI	57
VII	67
VIII	73
IX	81
X	89
XI	101
XII	111
XIII	117
XIV	121
XV	127
XVI	135
XVII	139
XVIII	143
XIX	145

JOSÉ ORTUÑO

ÁNIMAS

I

Imagina un pasillo. El de tu casa. Por la noche. Oscuro. La luz no se enciende. Al fondo del pasillo las puertas que comunican con las diferentes habitaciones. Y silencio.

Imagina que al fondo del pasillo algo se mueve. No sabes si es un efecto de la oscuridad sobre tus ojos o si, realmente, algo se ha movido. Parpadeas para tratar de limpiarte la retina de motas, destellos y restos lumínicos. Y por un momento, tras el pestañeo, todo lo que ves son manchas que vuelan en el interior de tus ojos, hilos flotantes fruto de un fallo reticular. Pero entonces vuelve a suceder, y esta vez sabes que no es un error de tus ojos. Algo se ha movido. Algo al fondo del pasillo. No sabes si es una sombra, una silueta, un reflejo o qué coño has visto. Pero lo has visto. De eso no hay duda.

Tu corazón se acelera. En el silencio, puedes oírlo, golpearte el pecho. La garganta se te seca, las frente te suda y las manos te tiemblan. Son algunas de las reacciones naturales al miedo. Pulsas el interruptor de la luz, una vez más, pero es en vano. No hay luz. El único sonido es algo de tráfico lejano que llega de la calle y tu corazón galopando con fuerza. Sientes también tu respiración, pesada y agitada. Casi tienes que abrir la boca para tomar aire de forma controlada. Los labios secos, las palmas de las manos húmedas. Tu cuerpo es una montaña rusa de sensaciones.

Porque lo has visto. Has visto que al fondo de tu oscuro pasillo, donde no había nadie, algo se ha movido. Y lo has visto dos veces. La primera vez podía haber sido un efecto óptico, pero la segunda no deja lugar a dudas.

Aunque el miedo domina tu cuerpo, el sentido común tu mente. Ahí no hay nadie. No puede haber nadie. Y si algo se ha movido, ha sido por el viento o alguna chorrada semejante. Las películas y series de miedo han condicionado tu cuerpo para que se comporte de esta manera en un claro caso de libro: pasillo oscuro, silencio, movimiento al fondo. ¿Resultado? Miedo inmediato.

Pues no.

Tratas de calmar tu respiración, te limpias la mano en el pantalón y te encaminas al fondo del pasillo. Vas a llegar allí, te vas a asomar a la habitación del fondo, vas a pulsar el interruptor de la luz, ésta se va a encender y comprobarás que allí no pasa nada fuera de lo normal. La ventana abierta y una ráfaga de aire es la explicación más plausible. Pero a lo mejor no es ni eso. Tal vez sea algo más rebuscado, algo más insólito, pero nada motivo de inquietud. Un póster que perdió la sujeción y se ha caído de la pared. O mil millones de posibilidades más que, desde luego, no justifican un corazón desbocado y unas manos húmedas.

Con estos pensamientos en tu cabeza has caminado los seis pasos que te separaban del fondo del pasillo, has llegado a la puerta y te has dado cuenta de que por más sentido común que insufles a tu cabeza, las manos te siguen temblando. Y es que la sensatez jamás gana la partida el instinto.

Pues nada, acabemos con esto.

Introduces la mano por la puerta y la pegas a la pared buscando el interruptor de la luz a tientas. Joder, esta habi-

tación está muy oscura. A estas alturas tus ojos ya se deberían de haber acostumbrado a la oscuridad y al menos las formas básicas deberías poder percibirlas. Pero no, todo es negro. Sin grados de grises. Negro. Código RGB 000000. Ni un decimal, nada. Cero.

Tu mano toca por fin el interruptor. Lo pulsas. En ese instante tu corazón vuelve a latir con más fuerza aún y sin querer aguantas la respiración. La luz se va a encender y todo esto va a acabar. Para bien o para mal. Probablemente para bien. La luz se encenderá y no habrá absolutamente nada fuera de lo normal en esta habitación.

Pero, ¿y si...?

La posibilidad de que la luz no encienda entra dentro de lo plausible dada la experiencia con la luz del pasillo, claro que si ésta tampoco funcionase sería una casualidad para el sentido común aunque un “pies para qué os quiero” para el instinto.

Pero no. La luz se enciende.

Y, en efecto. El instinto está ahí por una razón. Cuando un fuerte sonido nos sorprende reaccionamos como un resorte por algo. Cuando algo se acerca a mucha velocidad a nuestra cara tenemos una reacción instintiva por un buen motivo. Porque el instinto está ahí para tratar de salvarnos la vida. Aunque a veces el sentido común se interpone y no le deja hacer su trabajo. Y eso es justo lo que ha pasado en esta ocasión.

Al encenderse la luz de la habitación descubres que el miedo estaba justificado. Es más, deberías haberle hecho caso y haber mandado bien lejos la sensatez de una patada. Porque además ya es tarde y la sensatez no te va a salvar la vida. Ni el sentido común tampoco, que ahora se encoge en

un rincón de tu cabeza llorando y pidiendo perdón. Pero ya es tarde, y pedir perdón no va a salvarle ni a él ni a ti. Porque lo que hay en la habitación te ha visto.

Y ya no hay nada que puedas hacer para evitarlo.

Pero no puedo explicar lo que hay en la habitación porque a estas alturas del relato no lo entenderías. Para poder comprender las implicaciones de lo que has encontrado al final del pasillo tenemos que ir hacia atrás en el tiempo y explicar algunas cosas fundamentales acerca de la naturaleza de lo que has hallado en la habitación. Debemos regresar diez años atrás en el tiempo.

Por entonces tenías siete y lo recordabas todo. No como ahora, que tu mente selecciona lo que cree que te va a ser útil y, lo que no, lo desecha. Ahora ya no recuerdas, por ejemplo, cómo era el barrio donde vivías antes de la mudanza. Ni de dónde llegabas aquella noche de tormenta. Recuerdas, eso sí, el cartel que había en el ascensor: “No funciona”. Subir las escaleras con las zapatillas de deporte rechinando debido a los hectolitros de agua que albergaban en su interior no era el mejor de los planes. Pero era lo que tocaba. No te importaba estar chorreando, con los pelos pegados a la cara y la camiseta al pecho. Pero lo de los zapatos, eso sí era lo que venía siendo una putada de las gordas.

Ñiak, ñiak, ñiak, ñiak.

Cada paso resonaba en todo el bloque y el eco parecía burlarse repitiendo con sorna cada paso. Ñiak. Otro peldaño. Ñiak. Otro peldaño.

TOK.

Justo cuando estabas entre el primer y el segundo piso —el tuyo— la luz se apagó. Los temporizadores de las luces